

N#1 BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

# DANIEL SILVA

«NO PUEDO DEJARLO. NO QUIERO. ESTOY CAPTURADO Y ABSOLUTAMENTE  
CAUTIVADO POR LA ORDEN DE DANIEL SILVA» – BOB WOODWARD

## LA ORDEN



Gabriel Allon está con su familia en unas discretas y muy necesarias vacaciones en Venecia. La tranquilidad acaba cuando el Papa Pablo VII muere de improviso y el leal secretario privado del Santo Padre, el arzobispo Luigi Donati, convoca a Gabriel a Roma. Mil millones de católicos han sido informados que el papa ha muerto de un ataque al corazón. Sin embargo, Donati tiene dos buenas razones para pensar que ha sido asesinado. La primera que el guardia suizo que guardaba las estancias pontificias esa noche ha desaparecido. La segunda la carta que el Santo Padre estaba escribiendo esa noche durante las últimas horas de su vida... dirigida a Gabriel.

«Mientras investigaba en los archivos secretos del Vaticano, encontré un libro más que sorprendente...» El libro es un Testamento suprimido hace mucho, un Testamento que cuestiona la precisión de la imagen que el Nuevo Testamento da de uno de los eventos más portentosos de la historia de la humanidad. Solo por esa razón, la Orden de Santa Elena —una oscura sociedad católica con lazos con la extrema derecha europea— no se detendrá ante nada para evitar que caiga en las manos de Gabriel mientras conspiran para hacerse con las riendas del trono de San Pedro. Y esto solo es el principio.

Mientras los cardenales se van reuniendo en Roma para el Cónclave, Gabriel empieza una desesperada investigación para recabar pruebas de la conspiración de la Orden y para encontrar un largo tiempo perdido Testamento que podría poner fin a dos mil años de odio mortal. Su búsqueda le lleva desde el Puente Vecchio en Florencia a un monasterio en Asis pasando por las profundidades de los Archivos Secretos del Vaticano y finalmente la capilla Sixtina, donde será testigo del sagrado traspaso de las llaves de San Pedro a

un nuevo pontífice, algo que nunca antes nadie había visto fuera del colegio cardenalicio.

*Como siempre, para mi mujer, Jamie, y mis hijos, Lily y  
Nicholas.*

*Viendo, pues, Pilatos que nada conseguía, sino que el tumulto crecía cada vez más, tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo: «Yo soy inocente de esta sangre; vosotros veáis». Y todo el pueblo contestó diciendo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».*

Mateo, 27: 24-25

*En todas las desgracias que en adelante azotaron al pueblo judío —desde la destrucción de Jerusalén hasta la obscenidad de Auschwitz— resonaba algún eco de aquel pacto de sangre.*

*Ann Wroe, Pilatos. Biografía de un hombre inventado*

*Hay que ignorar a conciencia el pasado para no saber adónde conduce todo esto.*

Paul Krugman, *The New York Times*



## Prefacio

Su santidad el papa Pablo VII aparecía por primera vez en *El confesor*, el tercer libro de la serie de novelas protagonizada por Gabriel Allon. Más adelante se dejó ver también en *The Messenger* y *The Fallen Angel*. Nacido Pietro Lucchesi, es el expatriarca de Venecia y el sucesor directo de Juan Pablo II en la cátedra de san Pedro. En mi recreación ficticia del Vaticano, los papados de Joseph Ratzinger y Jorge Mario Bergoglio —los sumos pontífices Benedicto XVI y Francisco— no han tenido lugar.

# PRIMERA PARTE

## Interregno



# 1

## ROMA

La llamada llegó a las 11:42 de la noche. Luigi Donati dudó antes de contestar. El número que mostraba la pantalla de su *telefonino* era el de Albanese. Solo podía haber un motivo para que le llamara a esas horas.

—¿Dónde está su excelencia?

—Extramuros.

—Ah, sí. Es jueves, ¿verdad?

—¿Pasa algo?

—Es mejor que no lo hablemos por teléfono. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Donati salió a la noche húmeda y fría. Vestía traje clerical negro con alzacuellos, no la sotana con muceta y ribetes de un color casi fucsia que usaba en la oficina, como llamaban los prelados de su rango al Palacio Apostólico. El arzobispo Donati era el secretario personal de su santidad el papa Pablo VII. Alto y delgado, con una hermosa mata de pelo oscuro y facciones de ídolo de la gran pantalla, tenía sesenta y tres años recién cumplidos. La edad, sin embargo, no había mermado su atractivo. La revista *Vanity Fair* le había apodado recientemente Luigi el Conquistador. El artículo había sido para él motivo de infinito bochorno dentro del insidioso mundillo de la curia romana. Aun así, dada la reputación bien fundada que tenía Donati de ser implacable, nadie se había atrevido a mencionárselo a la cara. Nadie excepto el santo padre, que se había mofado de él sin piedad.

«Es mejor que no lo hablemos por teléfono...».

Donati llevaba preparándose para ese momento un año o más, desde el primer infarto leve, que había logrado

ocultar al resto del mundo e incluso a gran parte de la curia. Pero ¿por qué precisamente tenía que ser esa noche?

Reinaba un silencio extraño en la calle. «Un silencio mortal», pensó Donati de pronto. Era una avenida flanqueada por palacios, justo al lado de Via Veneto, uno de esos lugares que rara vez pisaba un sacerdote, y menos aún un sacerdote formado en el seno de la Compañía de Jesús, la orden rigurosa en lo intelectual y rebelde en ocasiones, a la que pertenecía Donati. Su coche oficial, con la matrícula SVC propia del Vaticano, aguardaba junto a la acera. El chófer —uno de los ciento treinta agentes del Corpo della Gendarmeria, la policía de la Santa Sede— se dirigió sin prisa en dirección oeste, cruzando Roma.

«No sabe nada».

Donati echó un vistazo en el móvil a las páginas web de los principales diarios italianos. Tampoco se habían enterado aún. Ni ellos, ni sus colegas de Londres y Nueva York.

—Encienda la radio, Gianni.

—¿Música, excelencia?

—Noticias, por favor.

Otra sarta de sandeces de Saviano despotricando contra los inmigrantes árabes y africanos que estaban destrozando el país, como si los italianos no se bastaran por sí solos para empantanar las cosas... Saviano llevaba meses dando la lata al Vaticano para que el santo padre le concediera una audiencia privada, una audiencia que Donati, con no poco regocijo, le había negado.

—Ya es suficiente, Gianni.

La radio volvió a enmudecer, afortunadamente. Donati miró por la ventanilla del lujoso automóvil de fabricación alemana. Aquella no era forma de viajar para un soldado de Cristo. Era, suponía, la última vez que atravesaba Roma en un coche con chófer. Durante casi dos décadas, había ejercido como jefe de personal de la Iglesia católica romana, o algo parecido. Había sido una época tumultuosa: el atentado terrorista en San Pedro, el escándalo en torno a los Mu-

seos Vaticanos y sus antigüedades, la lacra de los abusos sexuales... Y, sin embargo, Donati había disfrutado de cada minuto. Ahora, en un abrir y cerrar de ojos, todo se acababa. Volvía a ser un simple cura. Nunca se había sentido tan solo.

El coche cruzó el Tíber y tomó Via della Conciliazione, el ancho bulevar que Mussolini abrió como un tajo en los arrabales de Roma. La cúpula iluminada de la basílica, restaurada en todo su esplendor, se alzaba a lo lejos. Siguieron la curva de la columnata de Bernini hasta la puerta de Santa Ana, donde un guardia suizo les franqueó con un gesto la entrada al territorio de la ciudad-estado. El guardia vestía su uniforme azul de diario: jubón con cuello blanco de colegial, medias hasta la rodilla, boina negra y capa para guarecerse del relente nocturno. Tenía los ojos secos, la faz tranquila.

«No lo sabe».

El coche avanzó despacio por Via Sant'Anna. Dejó atrás el cuartel de la Guardia Suiza, la parroquia de Santa Ana, la imprenta y el Banco Vaticano, y se detuvo por fin junto al arco de acceso al patio de San Dámaso. Donati cruzó a pie el empedrado, entró en el ascensor más importante de la cristiandad y ascendió a la tercera planta del Palacio Apostólico. Avanzó a paso rápido por la logia: a un lado, una pared acristalada; al otro, un fresco. Torció a la izquierda y llegó a los apartamentos papales.

Otro guardia suizo, este en uniforme completo de gala, estaba apostado junto a la puerta, tieso como una vara. Donati pasó a su lado sin decir palabra y entró. Un jueves, iba pensando. ¿Por qué tenía que ser un jueves?

Dieciocho años, se dijo mientras recorría con la mirada el despacho privado del santo padre, dieciocho años y nada había cambiado. Solo el teléfono. Donati había conseguido convencer por fin al papa de que cambiara el aparato de

disco de Wojtyla, una antigualla, por un moderno teléfono multilínea. Aparte de eso, la habitación estaba tal y como la había dejado el polaco. El mismo sobrio escritorio de madera. La misma silla beis. La misma alfombra oriental raída. El mismo reloj dorado y el crucifijo. Incluso el vade de mesa y el juego de escritorio eran aún los de Wojtyla el Grande. A pesar de las esperanzas que había suscitado en un principio su papado —la ilusión de una Iglesia más amable, menos represiva—, Pietro Lucchesi no había logrado escapar por completo de la larga sombra de su predecesor.

Donati se fijó instintivamente en la hora que marcaba su reloj de pulsera. Pasaban siete minutos de la medianoche. El santo padre se había retirado a su despacho a las ocho y media con intención de dedicar hora y media a leer y escribir. Normalmente, Donati se quedaba junto a su jefe o se iba a su despacho, situado en aquel mismo pasillo. Pero, como era jueves, la única noche de la semana que tenía para él, solo se había quedado hasta las nueve.

«Hazme un favor antes de irte, Luigi...».

Lucchesi le había pedido que abriera las gruesas cortinas que cubrían la ventana del despacho, la misma ventana desde la que el santo padre rezaba el ángelus cada domingo a mediodía. Donati había obedecido. Incluso había abierto las contraventanas para que su santidad pudiera contemplar la plaza de San Pedro mientras se afanaba en despachar el papeleo eclesiástico. Las cortinas estaban ahora corridas por completo. Donati las apartó. Las contraventanas también estaban cerradas.

El escritorio estaba recogido, sin el desorden típico de Lucchesi. Había una taza de infusión medio vacía, con la cuchara apoyada en el platillo, que no estaba allí cuando él se marchó, y varios documentos guardados en carpetas de color marrón cuidadosamente apiladas bajo el viejo flexo. Un informe de la archidiócesis de Filadelfia sobre las consecuencias económicas del escándalo de los abusos sexuales. Comentarios para la audiencia general del miércoles. El pri-

mer borrador de una homilía para la próxima visita papal a Brasil. Notas para una encíclica sobre el tema de la inmigración que sin duda irritaría a Saviano y a sus compañeros de viaje de la extrema derecha italiana.

Faltaba un documento, sin embargo.

«Te encargarás de que lo reciba, ¿verdad, Luigi?».

Donati miró la papelera. Estaba vacía. Ni un solo trozo de papel.

—¿Busca algo, excelencia?

Levantó la vista y vio al cardenal Domenico Albanese, que lo observaba desde la puerta. Albanese era calabrés de nacimiento y, de oficio, burócrata de la curia. Ocupaba varios altos cargos en la Santa Sede; entre ellos, el de presidente del Consejo Pontificio para el Diálogo entre Religiones y el de archivero y bibliotecario de la Santa Iglesia Romana. Eso no explicaba, sin embargo, su presencia en los apartamentos papales a las doce y siete minutos de la madrugada. Domenico Albanese era, además, el camarlengo, el encargado de notificar oficialmente que la cátedra de san Pedro estaba vacante.

—¿Dónde está? —preguntó Donati.

—En el reino de los cielos —repuso el cardenal.

—¿Y su cadáver?

De no haber tenido vocación clerical, Albanese podría haberse ganado la vida transportando lápidas de mármol o acarreando medias reses en un matadero calabrés. Donati lo siguió por el corto pasillo, hasta el dormitorio. Otros tres cardenales esperaban en la media luz de la habitación: Marcel Gaubert, José María Navarro y Angelo Francona. Gaubert era el secretario de Estado, lo que equivalía a decir el primer ministro y el jefe de la diplomacia del país más pequeño del mundo. Navarro era el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el guardián de la ortodoxia católica y el adalid contra la herejía. Francona, el mayor de los tres, era el decano del Colegio Cardenalicio. Sería el encargado de presidir, por lo tanto, el próximo cónclave.

Fue Navarro, un español de noble cuna, quien se dirigió primero a Donati. Aunque hacía casi un cuarto de siglo que vivía y trabajaba en Roma, aún hablaba italiano con fuerte acento español.

—Luigi, sé lo doloroso que tiene que ser esto para ti. Nosotros éramos sus leales servidores, pero era a ti a quien más quería.

El cardenal Gaubert, un parisino flaco y de rostro felino, acompañó el tibio pésame del español con una profunda inclinación de cabeza, al igual que los tres seglares que permanecían de pie entre las sombras del contorno de la habitación: el doctor Octavio Gallo, médico personal del santo padre; Lorenzo Vitale, jefe del Corpo della Gendarmeria; y el coronel Alois Metzler, comandante de la Guardia Suiza Pontificia. Donati había sido, al parecer, el último en llegar. Sin embargo era él, el secretario privado, y no el camarlengo, quien debería haber convocado a la plana mayor de la Iglesia a reunirse junto al lecho de muerte del papa. De pronto le asaltaron los remordimientos, pero, al contemplar la figura tendida en la cama, el sentimiento de culpa dio paso a una pena abrumadora.

Lucchesi llevaba puesta aún la sotana blanca, pero le habían quitado las pantuflas, y el solideo no estaba a la vista. Alguien le había puesto las manos sobre el pecho. Afer-raba con ellas su rosario. Tenía los ojos cerrados y la mandíbula floja, pero su cara no presentaba señal alguna de dolor, nada que sugiriera que había sufrido. De hecho, a Donati no le habría sorprendido que su santidad se hubiera despertado de repente y le hubiera preguntado qué tal le había ido la noche.

«Llevaba puesta aún la sotana blanca...».

Donati se había encargado de llevar la agenda del santo padre desde el primer día de su pontificado. La rutina vespertina del papa pocas veces variaba. Cenaba de siete a ocho y media. Se encargaba del papeleo en el despacho de ocho y media a diez y luego dedicaba quince minutos a

orar y reflexionar en su capilla privada. Por regla general, a las diez y media ya estaba en la cama, normalmente con una novela policíaca inglesa, su placer inconfesable. En la mesilla de noche, debajo de sus gafas de leer, descansaba *Intrigas y deseos* de P. D. James. Donati abrió el libro por la página señalada.

*Cuarenta y cinco minutos más tarde Rickards volvía a estar en el escenario del crimen...*

Donati cerró el libro. El sumo pontífice, calculó, llevaba muerto casi dos horas, puede que más.

—¿Quién lo encontró? —preguntó con calma—. Espero que no haya sido una de las monjas del servicio.

—Fui yo —contestó el cardenal Albanese.

—¿Dónde estaba?

—Su santidad abandonó esta vida en la capilla. Lo encontré pasadas las diez. En cuanto a la hora exacta de su fallecimiento... —El calabrés encogió sus gruesos hombros—. No sabría decir, excelencia.

—¿Por qué no se me avisó inmediatamente?

—Lo busqué por todas partes.

—Debería haberme llamado al móvil.

—Eso he hecho. Varias veces, en realidad. Sin respuesta.

El camarlengo estaba mintiendo, pensó Donati.

—¿Y qué hacía usted en la capilla, eminencia?

—Esto empieza a parecer un interrogatorio. —Albanese miró un instante al cardenal Navarro; después, volvió a fijar los ojos en Donati—. Su santidad me pidió que rezara con él. Yo acepté su invitación.

—¿Le llamó él directamente?

—Sí, a mi apartamento —respondió el camarlengo con una inclinación de cabeza.

—¿A qué hora?

Albanese miró el techo como si tratara de recordar un detalle menor que había olvidado.